

ELEY WILLIAMS

El diccionario del mentiroso

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



Londres, 1899. Peter Winceworth, lexicógrafo de profesión, anda enfrascado en pulir la definición de las palabras que comienzan por la letra S para el Diccionario Enciclopédico Swansby. Tarea peliaguda donde las haya teniendo en cuenta que desde niño, quién sabe por qué, tal vez por tedio o por llevar la contraria, Winceworth finge que cecea, y últimamente no puede reprimir el impulso, de cuando en cuando, de colar en el diccionario la definición más precisa posible de una palabra que acaba de inventarse. Aunque ahora que ha conocido a la bella e inaprensible Sophia, no parece que vaya a volver a aburrirse por un tiempo. Londres, en la actualidad. Mallory es la apocada becaria de Swansby, editorial a la que adjetivar de «venida a menos» es quedarse francamente corto. Las dos tareas que David Swansby le ha endilgado a Mallory en el desierto edificio en el que trabajan son: desenmascarar las «entradas ficticias» desperdigadas en el diccionario (pero ¿quién, cuándo, por qué están ahí esas palabras de mentira?) y contestar las llamadas telefónicas de un sujeto anónimo (pero ¿quién, cómo, por qué ese tipo desea que ardan todos en el infierno?). Por suerte para Mallory, tiene en su vida a Pip, que no piensa permitir que nada malo le ocurra. A medida que sus historias avanzan, entretejiéndose a más de un siglo de distancia, Winceworth y Mallory vivirán sendas historias de amor, se verán obligados a convivir consigo mismos y, en definitiva, habrán de negociar las curvas de ese camino casi siempre sin sentido, poco fiable, repleto de engaños y tan difícil de definir al que llamamos «vida». Divertidísima primera novela de una autora deslumbrante, El diccionario del mentiroso es una celebración del rigor, la fragilidad y el absurdo del lenguaje y, ante todo, del goce que nos proporcionan las palabras.

Para Nell, maravillosa más allá de las palabras

novela (f.). Un pequeño relato, generalmente de amor.

*Del Diccionario de la Lengua Inglesa,
de Samuel Johnson (1755).*

jungftak (m.). Ave persa, cuyo macho solo tiene un ala, en el lado derecho, y cuya hembra solo tiene un ala, en el lado izquierdo; en lugar de las alas que les faltan, el macho tiene un hueso con forma de gancho y la hembra tiene un hueso con forma de ojal, y uniendo gancho y ojal, son capaces de volar. Cuando están solos, ambos tienen que permanecer en tierra.

*Del Diccionario Webster de la Lengua Inglesa del Siglo XX
(1943).*

PREFACIO

Imaginemos que tuvieras un diccionario personal perfecto. Un diccionario, el diccionario, no importa. No un diccionario que *no fuera imperfecto*, sino el mejor diccionario que pueda existir para ti.

Especifiquemos: tendría que ser un diccionario impreso, no digital. Los diccionarios son objetos prácticos. Podrías poner uno de sus volúmenes fuera del alcance de alguien, blandirlo o emplearlo para ahuyentar a una polilla descarriada que se ha metido en la cocina. Como digo, los diccionarios son prácticos. Podría tener un peso significativo al sostenerlo con la mano, y las esquinas ligeramente desgastadas: lo bastante fiable como para consultarlo y no demasiado difícil de manejar. Tal vez tendría un marcapáginas de seda y sus páginas estarían numeradas, para que no se pusiera celoso de otros libros lujosos con los que compartiría estante. El prefacio perfecto explicaría por qué los diccionarios tienen las páginas numeradas. El nombre del diccionario estaría estampado en oro en el lomo. El papel tendría un agradable tono crema y cierto grosor, y la tipografía empleada denotaría elegancia, una innegable firmeza cortés o cortesía firme. Un tipo de letra que podría ser interpretada por Jeremy Brett o pintada por Romaine Brooks; un tipo de letra con los pómulos bien marcados. Viene a la cabeza una cubierta de cuero cuando una se imagina un diccionario perfecto, y si pasaras la uña del pulgar por la cubierta de tu diccionario perfecto, haría un sonido muy satisfactorio, algo como *fnoc fnoc*.

Admito que mi capacidad de concentración es más bien limitada, de modo que mi diccionario personal perfecto tendría que ser conciso y contener solo palabras que no conozco o que olvido con frecuencia. Mi diccionario, conciso pero también infinito como la ignorancia, sería una especie de paradoja, y probablemente estuviera impreso en una banda de Moebius. Mi diccionario perfecto imposible.

Echemos un vistazo al prefacio y mantengámoslo abierto con nuestros pulgares como si estuviésemos abriendo una fruta madura. (Abrir un libro nunca se parece en absoluto a eso, en realidad, y esta es una mala comparación). Mi diccionario *perfecto* se abriría por una página en concreto debido al marcapáginas de seda que llevaría incorporado.

Hacen falta dos mil quinientos gusanos de seda para producir un kilo de seda pura.

¿Cuál es la primera palabra que una lee al azar en esta página?

[Me disperso. Algunas palabras tienen un talento especial para, como un fuego fatuo, desviarte de la senda que te habías marcado, cada vez más lejos, a través de paréntesis y de notas al pie y de los tentadores véase *también*].

¿Cuál es el número exacto de cubiertas de diccionarios que podrían hacerse con la piel de una vaca?

¿Quién lee los prefacios de los diccionarios, en cualquier caso?

Fnoc fnoc fnoc.

Para considerar que un diccionario es «perfecto» es necesario hacer una reflexión sobre los propósitos de semejante libro. Libro aquí es una abreviatura.

El diccionario perfecto no debería ser juguetón porque sí, pues esto podría generar desapego en el lector y reducir su utilidad.

Es evidente que un diccionario perfecto debe ser *correcto*. No debería contener errores ortográficos ni de im-

prenta, por ejemplo, y no debería hacer afirmaciones sin fundamento. No debería mostrar sesgo alguno en sus definiciones salvo los que sean resultado de una meticulosa y rigurosa investigación. Pero esto ya es demasiado teórico; podemos simplificar más: es crucial que las cubiertas del libro se abran, por lo menos, y que la tinta resulte legible sobre sus páginas. Con frecuencia se debate sobre si un diccionario debería *registrar* o *fijar* la lengua. *Registrar*, como si las palabras fueran un montón de jóvenes delincuentes que se reúnen y se cuentan en una habitación; *fijar*, como si solo a un cierto número de jóvenes se le permitiera el acceso a la habitación y luego la habitación se llenara de cemento.

El prefacio perfecto no debería requerir que se combinaran tantas metáforas de un modo tan torpe.

El prefacio de un diccionario, que con frecuencia se pasa por alto mientras una mete los pulgares en la fruta llena de gusanos de seda y vacas sacrificadas, establece los propósitos de un diccionario y su alcance. Suele pasarse por alto porque cuando llega el momento de emplear un diccionario, el prefacio resulta superfluo.

El prefacio de un diccionario puede funcionar como la presentación de alguien que no tienes ningún interés por conocer. El prefacio es una presentación de la obra, no de gente. No necesitas conocer el sexo de los lexicógrafos que trabajaron en él. Y desde luego, tampoco te hace falta saber qué aspecto tienen, cuál es su equipo favorito ni qué periódico leen, por ejemplo. El hecho de que el día que definieron arrugada (f.) como un término dialectal que define una clase de manzana pequeña sus zapatos les quedarán demasiado apretados no debería importarte en absoluto.

Que estuvieran con resaca y con los primeros síntomas de un resfriado cuando definieron esta palabra no tiene ninguna importancia, ni tampoco que, sin que ellos lo su-

pieran, un folículo piloso infectado debajo de su barbilla, consecuencia de afeitarse de un modo torpe y apresurado, esté a punto de producir graves consecuencias médicas durante dos meses, haciendo que lleguen a tener miedo de perder toda la mandíbula inferior. No necesitas saber que soñaron con abandonarlo todo e irse a vivir a una cabaña remota situada en la costa de Cornualles. La única cosa útil que puede decir un prefacio sobre sus lexicógrafos es que están capacitados para hablar elocuentemente y sin lirismo sobre cómo se llama cierto tipo de manzanita, por ejemplo.

Quizá un tema más interesante para abordar en el prefacio de un diccionario sea el lector del diccionario perfecto. Por lo general, una consulta un diccionario, en lugar de apoyarlo sobre unas rodillas que hacen las veces de atril y leerlo de principio a fin. Esto no siempre es así, y hay quienes se dedican a leer enteras enormes obras de referencia con el único objetivo de poder decir después que han realizado semejante proeza. Si una rebusca entre las frutas en sazón de la historia o en un enciclopédico diccionario biográfico de lectores de diccionarios, puede descubrir la existencia de una persona de este tipo, Fath-Ali Shah Qajar, y el breve texto biográfico que se le dedica. Al convertirse en el [VÉASE TAMBIÉN: —] sah de Persia en 1797, Fath-Ali Shah Qajar recibió como regalo una enciclopedia muy famosa. Tras leer sus dieciocho volúmenes completos, el sah amplió su título real para que incluyera «Formidable Amo y Señor de la Enciclopedia Británica». ¡Menudo prefacio! Podría haber una pequeña imagen del sah acompañando un artículo sobre su vida grabada en una plancha de acero en la que se lo viera sentado, con una túnica de seda y un gran montón de fruta apilada junto a él. Hay un elefante de combate al fondo del retrato. Tantas frutas, tantos gusanos de seda, tantos toques de trompeta sugeridos entre bastidores.

Si acercas demasiado los ojos a un grabado, lo único que ves son pequeños puntos y rayas, como huellas dactilares.

Quizá te hayas encontrado con alguien que no hojea un diccionario como lo haría un lector sino como pasta un animal, y se pasa horas con la nariz metida en los céspedes y las hierbas de sus páginas, concentrado en su prado y sin ver el sol. Esto es lo que yo recomiendo. Hojear un diccionario es algo que sienta muy bien. Puedes llegar a marearte con la forma y el sonido de las palabras, sus *corimbo*s, sus *umbelas* y sus *panículas*. Estos lectores son exhumadores que viven entusiasmados por sus hallazgos. La sorpresa que proporciona descubrir los delicados matices de una palabra nueva o la fuerza de sus raíces da lugar a un potente estado de embriaguez. Encontremos algo de eso ahora. (Los prefacios de los diccionarios tienen un tono ligeramente condescendiente). Aquí van algunos ejemplos que tal vez ya conozcas: *psiturismo* es el susurro de las hojas de los árboles cuando les da el viento; una parte del muslo de las abejas se llama *corbícula*, palabra derivada de un término latino que significa «cesta».

Para algunas personas, desde luego, el entusiasmo que supone hojear un diccionario procede del hecho de que se descubren palabras arcanas u oscuras y pueden recuperarse, como hace un rumiante con el bolo alimenticio, y emplearse expresamente para impresionar a los demás durante una conversación. Admito que he sacado *psiturismo* del sotobosque del diccionario para deleitarte, pero el gesto puede verse como algo calculado. Yo y mis grandes palabras; *auuu*, oye cómo aúllo, indirectamente, en el bosque; déjame que te explique las connotaciones de esta onomatopeya, que sin duda desconoces, etcétera, etcétera, y que *psiturismo* probablemente proceda del griego *Υίθυρος*, que significa «susurrante», «difamatorio». «¡Qué fascinante!», dice este tipo de lector de diccionarios. «Soy fascinante porque conozco el significado de esta palabra». Cuando

se usa así, el diccionario se convierte en un archivador para el lector, un depósito para su verbosidad y su verdosidad. Todos conocemos al menos a una de esas personas cuya conversación no consiste en nada más que expectorar palabras raras. Este tipo de lector interrumpe tu siesta junto a la ventana de la cafetería solo para comentar el *anemotropismo*. Admitirá su *leucocolía* para poder emplear esa palabra al disculparse mientras a ti se te cae la servilleta y vuelves a recostarte, apartando un poco tu silla. Él te perseguirá atravesando el seto vivo y te advertirá, mientras huyes, que tengas cuidado con un *álabe*.

Por supuesto, este tipo de lector de diccionarios también celebra la belleza de las palabras, su lustre y su poder, pero a él no le interesa esa fragancia, sino su jactancia.

Él emplearía el sustantivo *arrugada* correctamente, acompañándolo de un ostentoso ademán. (El prefacio como algo autoevidente, metaampuloso).

No hay un lector de diccionarios perfecto.

El diccionario perfecto conocería la diferencia entre, por ejemplo, un «prólogo» y un «prefacio». Diría el diccionario: «¿Y? ¿Qué pasa?».

Un diccionario tiene que ver con la claridad, pero también con la honestidad.

Si una realmente tiene la costumbre de hacer listas con esta clase de cosas, hay otra categoría de lector: el que se entrega al carácter digresivo de los diccionarios y cuya mirada vaga de una palabra a otra describiendo caprichosas trayectorias página tras página. No muestra ninguna consideración por la formal lectura de izquierda a derecha, viene y va, siempre a saltos entre columnas y páginas; su manera de leer se guía por la curiosidad y está marcada por los encuentros azarosos.

¿Un prefacio debería plantear más preguntas de las que responde? ¿No debería un prefacio limitarse a plantear?

Un diccionario es un narrador poco fiable.

¿Acaso no hemos disfrutado todos de momentos de íntimo placer al leer un diccionario? Un placer que consiste simplemente en zambullirse —métete, el agua está buenísima—, en sumergirse solo si alguien te agarra un dedo del pie y promete no soltarte. Placeres íntimos que no han de exhibirse en público junto a las ventanas de las cafeterías.

Es posible sentir placer o satisfacción con un diccionario. Esta sensación puede surgir al hallar la confirmación de cómo se escribe una palabra (esa hache intercalada), o al recuperar una palabra que momentáneamente no recordabas o tenías en la punta de la lengua. Puedes experimentar el placer de leer un diccionario en lugar de usarlo cuando hallas en sus páginas una palabra que es nueva para ti y que resume a la perfección una sensación, una cualidad o una vivencia que hasta entonces no tenía nombre. Un momento de solidaridad y reconocimiento: «Alguien más debe de haber tenido la misma sensación que yo. ¡No estoy solo!». El placer puede tener que ver con el sencillo regocijo que causan las texturas de una palabra desconocida, el novedoso sabor que notas cuando la tienes entre los dientes. Gluma. Inflorescencia. La anatomía de una palabra desbrozada o resguardada entre tus dientes.

Incluso en algunos diccionarios bastante modernos, si buscas la palabra jirafa, descubrirás que al final de la entrada dice [VÉASE: cameleopardos]. Si buscas cameleopardos, verás que dice [VÉASE: jirafa]. Así es el ecosistema del diccionario.

Ya de niños reparamos en que los diccionarios empiezan, por lo general, con una A —una letra que en lógica representa una proposición afirmativa—, y terminan, por lo general, con un zuzón —una planta herbácea que suele en-

contrarse a los lados de los caminos—. Esto nos indica que jirafas y cameleopardos tendrán toda la extensión que necesiten para pastar a sus anchas.

Creo que el diccionario perfecto no debería estar escrito en primera persona porque tendría que realizar afirmaciones objetivas. Probablemente tampoco debería referirse a una segunda persona, «tú», porque podría resultar intimidatorio. Un prefacio debería sentirse seguro de sí mismo. Los diccionarios tienen que ver con el anhelo, con la confianza, con el goce y la entrega (pero todo esto resulta un tanto empalagoso y afectado). Es mejor, sin duda, que tanto el lexicógrafo como el usuario pasen sin ser vistos, completamente inadvertidos. Más incluso que una palabra tan conocida que no necesita que se la defina.

El prefacio perfecto sabría cuándo callarse la...

Los diccionarios son objetos peligrosos, embriagadores. En cierto sentido, es más seguro tratar tu memoria como una enciclopedia y que tu diccionario se quede, siempre en movimiento, en tu boca. Las palabras pasan de una boca a otra, como los polluelos reciben la comida de sus madres.

¿Cuántas comparaciones puedes meter en un prefacio? ¿Hasta qué punto puede ser confuso un prefacio? El libro perfecto debe atrapar al lector, y el diccionario perfecto debe poder comprenderse con facilidad.

El cuero verde de un diccionario perfecto podría tener unas líneas semejantes a las de la palma de tu mano. Si le clavaras las uñas, quedarían las marcas de sus medias lunas. No me preguntes por qué alguien podría aferrar alguna vez un diccionario con tanta fuerza.

Este libro está mareado a causa de todo el conocimiento que contiene. Nombrar una cosa es conocerla. Ahí hay poder. «¿Puedes adanyevarlo?». Las palabras son quebradizas y están dilatándose y agitándose constantemente, como gusanos de seda atrapados en algún lugar entre las

muelas. Los diccionarios son la combinación torpe de metáforas primigenia.

Un prefacio es mucho ruido y pocas nueces.

El diccionario perfecto es fruto del trabajo de gusanos de seda y ruelas movidas por reses. Las palabras son como el bolo alimenticio. Cada definición es un encomio, cada relato es una premonición informada.

El diccionario perfecto incluye las palabras adecuadas y las peores palabras en el orden adecuado. En el diccionario perfecto, todo es correcto y verdadero. Las definiciones incorrectas son tan estériles como una sonrisa ambigua, tan inútiles como un prefacio confuso o un narrador impreciso.

El diccionario perfecto no existe.

No todas las palabras son bellas o extraordinarias, como tampoco lo son todos sus usuarios o creadores.

Encontrar la palabra adecuada puede ser un placer íntimo.

Un prefacio puede ser una manera de decir «créeme» en clave.

Un prefacio puede ser una manera de decir «búscalos» en clave.

«Búscalos».

«Cuando lo encuentres, mejóralo».

mejóralo

A DE ASTUTO (ADJ.)

David estuvo hablándome durante tres minutos sin darse cuenta de que yo tenía un huevo entero metido en la boca.

Yo había adoptado mi postura habitual para comerme el almuerzo: encorvada en el almacén (a la cena siempre llegaba con hambre por lo poco que almorzaba ahí) situada entre los cartuchos de la impresora y las pilas de cinta adhesiva de embalar. Mediodía. Puede ser estupendo husmear el almuerzo y a menudo es el mejor momento de un día de trabajo. En muchas ocasiones he estado ahí parada, en el almacén de Swansby House, debajo de la claraboya, sorbiendo sopa directamente del cartón o persiguiendo con la lengua unos granos individuales de arroz que habían quedado en un táper todo manchado. Esta clase de almuerzo sabe mucho mejor cuando se come sin que nadie te mire.

Me metí un huevo duro en la boca y empecé a masticar, leyendo una docena de palabras que significan *sobre* impresas en distintos idiomas en el costado de unas cajas de suministros. Para pasar el rato, traté de memorizar todos esos términos. *Boríték* es la única palabra húngara que se me ha quedado, además de Biró y Rubik, inventores del bolígrafo y de la perplejidad humana. Elegí un segundo huevo duro y me lo metí en la boca.

Estaba rumiando como de costumbre, ramoneando con la cabeza metida en el abrevadero, cuando se abrió la puerta y David Swansby, el director editorial, entró de perfil en el almacén.

En realidad, David solo tenía ese cargo por una cuestión de protocolo. Procedía de un gran linaje de editores Swansby. Yo era su única empleada.

Lo miré, totalmente concentrada en el huevo que tenía metido en la boca, mientras él cruzaba el umbral y cerraba la puerta a su espalda.

—Ah, Mallory —dijo David—. Me alegro de haberte encontrado. ¿Puedo decirte una cosa?

Era un atractivo setentón que tenía una manera vivaz y expresiva de emplear las manos que no era apropiada para un almacén tan pequeño. He oído a alguna gente decir que los dueños de perros con frecuencia se parecen a sus mascotas, o que las mascotas se parecen a sus dueños. En cierto sentido, David Swansby se parecía a su caligrafía: ambos eran ridículamente altos, pulcros, ricos en ángulos rectos. Como mi caligrafía, yo era consciente de que a menudo daba la impresión de que necesitaba que me ordenaran, que me plancharan e incluso que me esterilizaran. Para cuando la tarde se estiraba y enrollaba alrededor del reloj, tanto mi caligrafía como yo nos habíamos degradado hasta convertirnos en un gran fardo rugoso. Estoy siendo un tanto coqueta en mi elección de palabras: *rugoso*, como *desgastado* o *raído*, transmiten una sensación de comodidad y afabilidad; lo que quiero decir es que al final del día siempre estaba hecha un desastre. Parecía que las arrugas me buscaran y encontraran y se pasaran lista unas a otras sobre mi ropa y mi piel mientras yo contaba las horas que faltaban para irme a casa. Esto no importaba demasiado en Swansby House.

David Swansby no tenía una presencia físicamente amenazadora y sería injusto afirmar que me arrinconó en el almacén. Sin embargo, la habitación no era lo bastante grande para dos personas y la situación efectivamente involucraba un rincón, y desde luego en aquel momento yo estaba implicada en el modo en que el sustantivo rincón se convirtió en verbo.